

STEFAN ZWEIG Y EL CREPÚSCULO DE EUROPA

Letra Internacional, n° 46, Madrid, 1996.

Vivimos tiempos en los que la Unión Europea parece que constituye el destino de Europa. Moneda única, abolición de fronteras, ciudadanía europea, superación de regionalismos y nacionalismos, etc. son los elementos del viejo sueño que hoy dista de hacerse realidad. Desde un cosmopolitismo sin fronteras observo como la realidad se impone a los deseos de paz de millones de ciudadanos. Algunos Estados se resisten por considerar una pérdida de su soberanía la total integración europea. Son los llamados euroescépticos. Pero no es ahí donde radica el peligro real. Está donde siempre estuvo y estará. En el nacionalismo. El nacionalismo es el huevo de la serpiente. El nacionalismo tribal, de “la Sangre y la Tierra” (*Blut und Boden*). Sus secuelas las conocemos, limpieza étnica, fosas comunes, campos de exterminio, el odio, la vergüenza de Occidente, la extrema debilidad de las organizaciones internacionales, sólo la *pax romana* (hoy americana) como único medio para poner fin a tanta barbarie.

Se habla de Europa como proyecto económico y político, no como cultura. Está en cuestión Europa. La supervivencia de la idea de Europa, después de todas sus crisis y sus metamorfosis, como autonomía del pensamiento y lucha por la dignidad humana. Y es aquí donde surge la figura de **Stefan Zweig (Viena 1881-Petrópolis 1942)**. La lectura hace unos meses de la biografía de J.J. Lafaye¹, (descriptiva, sin una nota, en ocasiones brillante, sugerente, una buena introducción a la obra del autor austriaco). Queda lejos de la que escribió Friderike Maria Zweig² - a la cual Lafaye ni nombra - por darnos puntos de vista sobre la psicología peculiar de quien fue su marido durante más de veinte años.

¹ J.J. LAFAYE, *Nostalgias Europeas*, Editorial Juventud, Barcelona, 1995

² Winternitz, F.Mª, *Stefan Zweig*, Hispanoamericana de Ediciones, Barcelona, 1947.

Todo ello, me ha arrojado de bruces sobre aquellos que creyeron y lucharon por Europa, ¡hasta el suicidio!, como nuestro protagonista. He vuelto a releer tres libros fundamentales - y finales - en su trayectoria vital e intelectual - de Zweig: *El mundo de ayer* (autobiografía), *Tiempo y mundo*, y *Legado de Europa* (ambos póstumos), verdaderos textos complementarios de sus afamadas memorias. En sus páginas está expuesta y desarrollada su concepción de Europa no sólo como comunidad de naciones sino como “*un reino espiritual del humanismo* “. Europa como forma de vida, como un concepto de lo europeo que supera los límites impuestos por la geografía: una Europa espiritual, “*aquella nostalgia perenne de unidad de sentimiento, voluntad, pensamiento y vida que ha configurado en el transcurso de dos milenios aquella imagen maravillosa de comunidad a que orgullosamente damos el nombre de cultura europea*”³.

La obra de Stefan Zweig narra los estados de ánimo de Europa desde 1900 a 1942, año de su muerte, incapaz de resistir como la sinrazón y la destrucción se apoderaban del viejo continente. La Gran Guerra supuso el gran impacto para las conciencias europeas, el primer conflicto generalizado desde las guerras napoleónicas, que llevó a una gran eclosión del pacifismo, con grandes manifestaciones en la literatura de la época - desde el éxito arrollador de Berta von Suttner con *Abajo las armas*, Romain Rolland, *Au dessus de la mêlée*, etc, - y, a la vez, el pesimismo de comprobar que la Paz de Versalles no había solucionado los problemas que debía afrontar. El odio se quedó como algo latente “*en la idea de que sólo el éxito importa en nuestro mundo; que todo empleo de la fuerza, y ante todo la guerra, representa una actividad no sólo*

³ Zweig, S.: “El pensamiento europeo en su desarrollo histórico” (1932), en *Tiempo y Mundo*, Edit. Juventud, Barcelona, 1959.p.206.

permitida, sino incluso deseable, siempre que redunde en provecho de la patria.”⁴ Ese era el peligro. Pero la historia se gesta antes. Veamos.

Stefan Zweig es un arquetipo de ese mundo en orden, elitista, individual y burgués que simboliza la Viena del emperador Francisco José, del Imperio de los Habsburgo, de una ciudad que irradia cultura ante al resto del mundo. Judío, perteneciente a una acaudalada familia, Doctor en Filosofía con una tesis acerca de Hipólito Taine, habla cinco idiomas, traductor de los simbolistas franceses, libretista de operas a la muerte de su gran amigo Hugo von Hoffmanstal escribirá el libreto para *La mujer silenciosa* de R. Strauss. Representante genuino de esa minoría judía, innovadora, mercantil e ilustrada que constituía la elite de la sociedad austriaca del novecientos. Esa edad de la seguridad, de la confianza, y que también lo es de la hipocresía, “*Se nos debía inculcar la tendencia a respetar en todas partes lo existente como perfecto; la opinión del maestro, como infalible; la palabra del padre, como incontestable; las instituciones del Estado, como las valederas para todo y para siempre*”⁵. El derrumbe de ese imperio, de esa Europa de *l’ancien régime*, basada en la confianza en el ser humano, en la capacidad de progreso y de renovación que el siglo que acaba de nacer lleva consigo, sucumbe frente al nuevo espíritu.

La guerra es sólo el recuerdo de algo prehistórico y la despreocupación reina en el continente respecto a los peligros en ciernes. Se ha estado tantas veces al borde del abismo, que hay una confianza absoluta en que no va a llegar el conflicto bélico, que se va a parar la guerra una vez más. Esta intelectualidad decadente, narcisista, romántica, con una estética del pesimismo inaudita; pero que a su vez quieren combatir los grandes retos de su tiempo basándose en un

⁴ Zweig, S.: “La historiografía del mañana”, (Conferencia dada en Norteamérica antes del inicio de la 2ª Guerra Mundial), en *Tiempo y Mundo*, p. 193.

⁵ Zweig, S.: *El mundo de ayer*, Editorial Juventud, Barcelona, 1968. p. 38

optimismo de la razón, del progreso y de la prosperidad - dignos de D'Alambert - va a fracasar.

La guerra de 1914 va a irrumpir de un modo brutal, el uso de nuevas armas (gases, carros de combate, etc.) añade más asombro y barbarie a los que recordaban Sedán. *“Cuando uno se pregunta hoy, reflexionando con calma, por qué Europa fue en 1914 a la guerra no se encuentra ni una sola razón, ningún motivo serio. No se pusieron en juego ideas y apenas influyeron los pequeños distritos fronterizos. No puedo explicármelo, pues, sino como una consecuencia de aquel exceso de energía, como la secuela trágica de aquel dinamismo interior que se había almacenado durante cuarenta años de paz y que necesita una válvula de escape”*⁶

De 1914 a 1918 los sueños de paz de la vieja Europa saltan por los aires. La paz de Versalles va a dejar una Alemania herida, rota, resentida y, con ella, a los viejos territorios del Imperio. El nacionalismo irredento establecerá esa sobreidentificación con el pueblo oprimido, la exaltación irracional de la patria, el destino de la nación o el mito de la pureza. El terreno está abonado para las doctrinas pangermanistas que derivarán en la gestación del nacionalsocialismo de Adolf Hitler.

Europa no va a ser la misma después de Versalles, aquel jardín vienés símbolo de un orden natural y de un mundo caracterizado por la armonía va a ser destrozado por la inestabilidad y una brutalidad permanente. Nadie está seguro de nada. El viejo orden ha sucumbido. Zweig tendrá que luchar contra tres elementos: la preocupación por su obra, el odio que genera la guerra e incluso algunos de sus contemporáneos (para Robert Musil representa la superficialidad mundana y el símbolo monstruoso de los tiempos).⁷

⁶ Zweig, S.: *El mundo de ayer*, ed. cit., p. 144.

⁷ Musil, R.: *Diarios*, vol. I, Edicions Alfons El Magnanim, Valencia, 1994. p. 401 y 478.

De ahí la tarea urgente de recuperar la identidad europea, luchar por esa vieja aspiración que son los Estados Unidos de Europa, defender el patrimonio de la cultura europea y “*preservar, una vez más, ante la faz del mundo la libertad del idioma alemán, que en Alemania comenzaba a hallarse ya sujeto a servidumbre*”⁸. En definitiva, una auténtica comunidad de naciones, frente a la intolerancia, el resentimiento, el racismo y la xenofobia como elementos que vertebran el discurso nacionalista. Cosmopolitismo y nacionalismo.

El cosmopolitismo de Zweig ha sido valorado de distintos modos, Le Rider sostiene que “*En S. Zweig la crisis de identidad judía encuentra una solución ilusoria en el internacionalismo*”⁹; un Magris de 24 años en su tesis doctoral pone a nuestro autor como claro ejemplo del diletantismo ahogado en retórica, “*Zweig es el clásico exponente del vago cosmopolitismo humanístico salido de la civilización habsburgica; un confuso humanitarismo internacional,...*”¹⁰, que el lector saque su propia impresión.

Zweig siente que su entusiasmo por esa Europa supranacional es cuestionado por las ideologías en ascenso. La realidad tiene más fuerza que la razón y las palabras son ineficaces frente a la marcha de la historia. Eso es lo que percibe Stefan “*... estaba inmunizado contra el contagio del entusiasmo patriotero (...) Lo más triste de aquél delirio era que la mayoría de aquellos hombres hablaban con sinceridad (...) Al fin, todo el mundo supo de memoria la letanía del odio (...) Resuelto a esquivar aquella peligrosa psicosis de masas, me trasladé semanas después a un suburbio de las afueras, para iniciar, en*

⁸ Zweig, S.: “La Viena de ayer”, en *Tiempo y Mundo*, ed. cit., p.98.

⁹ Le Rider, J.: *Modernité viennoise et crises de l'identité*, PUF, Paris, 2ª, 1994.

¹⁰ Magris, C.: *Il mito asburgico nella letteratura austriaca moderna*, Einaudi, 2ª, Turín, 1988, p. 292.

*medio de la guerra, mi guerra personal: la lucha contra la momentánea pasión de las masas que estaba destruyendo la razón”.*¹¹

Zweig continúa su prédica para que Europa salga de su marasmo y deje de llevar en su seno la destrucción. En su *Jeremías*_(1916), obra pacifista inspirada en la Biblia y dedicada al sufrimiento moral nos dice *“Demostrar como los jefes desvían a los pueblos hacia los caminos del odio, como los pueblos ávidos de conquistas se burlan de los sabios que profetizan la desgracia, como del caos de las pasiones puede nacer un orden superior, y por qué una derrota terrenal contiene la promesa de una victoria espiritual”.*¹² Tiene un éxito inmediato, es la primera vez que un autor ejemplifica, describe y se compromete, con una lucidez pasmosa, a defender esa Europa de la inteligencia, del arte y de la paz.

Pero jamás va a poder recobrar aquel orden - expresado por el jardín vienés, -como armonía, perspectiva, y como modo de comprender y vivir el mundo. Al contrario, los vertiginosos cambios producidos en Europa lo van a llevar a un peregrinaje incesante por ciudades y países del mundo (Londres, Estados Unidos, Brasil, Buenos Aires), en los cuales combina la búsqueda de su propio sueño, de su canon literario, consciente de que no va a hacer una gran obra desde un punto de vista creativo. Sus novelas no son obras que impacten, aunque tienen gran éxito de público y estén traducidas a casi todos los idiomas, pero no son su modelo (sus admirados Balzac, Goethe, Tolstoi, Dickens o Dostoyevski). De ahí que se centre en las biografías, no sólo por el atractivo de esos hombres y mujeres importantes en la historia de la humanidad, sino que quiere realizar una *“Tipología del espíritu “*, donde estén aquellos que denomina *“los Constructores del mundo “*. Aquellas figuras que han aportado

¹¹ Zweig, S.: op. cit., pp.168,170, 171 y 175.

¹² Cfr. Lafaye, p. 68.

más a la humanidad, *“Ante todo, creo yo que debemos poner la mirada en unos cuantos hombres en quienes vemos realizado ya algo de esa forma más elevada, más pura y límpida que esperamos de la futura humanidad. Hombres que, con la aportación de todas sus fuerzas, no viven solos en esta época y que, en su avanzar, arrastran también consigo a los otros. Uno de estos hombres es ... Romain Rolland. Él ha consolado a millares de hombres, ha levantado a innumerables caídos y ha impulsado con su idealismo la voluntad de unión, la tendencia a la compasión y la posibilidad de una concepción de las cosas más elevada, no en un país, sino en todos los países. Y porque lo ha hecho precisamente en la hora más terrible que ha conocido nuestra época”*¹³.

Tiene previstas diez trilogías de biografías, siendo la central la formada por Hölderlin, Nietzsche y Von Kleist. Persigue su propio sueño. El retrato de un artista que deja atrás los vaivenes de su vida y que se eleva por el arte. Una vida que se construye y desarrolla como una sinfonía bruckneriana. Lleva ese halo trágico del movimiento romántico alemán. Está cansado. Se siente viejo a sus cuarenta años. Es el efecto de la guerra y de las semillas de odio que empiezan a germinar de nuevo en todos los países. Se apoya en su primera mujer, Friederike von Winterniz. Será su soporte intelectual y afectivo hasta el final de sus días.

Europa nunca será la misma. La reconstrucción europea hace que cambie su faz. El cambio es la inestabilidad. ¿Cómo reflejar esa nueva realidad? El lenguaje tampoco sirve. Claudio Magris lo describe como ese desfallecimiento de la palabra y del naufragio del yo, la disolución del sujeto como principio ordenador de la realidad¹⁴.

¹³ Zweig, S.: “Romain Rolland”, conferencia pronunciada en Berlín, Enero 1926. En *Legado de Europa*, ed. cit.,104-105.

¹⁴ Magris, C.: “La indecencia de los signos”, en H. von Hofmannsthal, *Carta de Lord Chandos*, Colegio de Arquitectos, Murcia, 1981, pp.10-12.

El mundo que quiere expresar ya no existe. Se ha perdido la confianza en el hombre y en los hombres. El mal existe. Y lo que es más, se está gestando el auténtico espíritu del mal. Nazismo, persecución de los judíos, arte degenerado (*entartete Kunst*), libros prohibidos, libros quemados...

Por eso el gozne de toda su obra son esas biografías de personajes dominados por una pasión. Si él es esclavo de ese orden, de esa armonía, de ese arte, sus nostalgias las va a plasmar en esos hombres que pudieron realizar lo que el tanto anhelaba. Y que creo que sí logró. Aunque Zweig, bastante escéptico por naturaleza, cultura y educación se lamentará mucho más de su fracaso. Si como él afirma: “*La autobiografía es lo que revela al hombre*”. Sus personajes son reveladores, Heinrich von Kleist se suicidará con su amada Henriette Vogel en los pinares de Postdam. Friedrich Hölderlin, el loco de Tübingen morirá a los treinta y seis años dulcemente instalado entre el éxtasis que fue su vida y la muerte del alma. Su otro héroe, F. Nietzsche, fallece en 1900 de una apoplejía, tras once años de “reblandecimiento cerebral y parálisis progresiva”. La locura como símbolo del *Zeitgeist*. Este es el final de sus queridos y admirados maestros. Zweig va a verse abocado ineludiblemente a un trágico final. Es el precio de su lucidez.

De un modo singular sigue triunfando socialmente con “El pensamiento europeo en su desarrollo histórico”, título de un ciclo de conferencias que le llevan de país en país. Detrás de estos escritos de un europeo fervoroso se esconde ese artista dominado por el pesimismo, y cada vez más preocupado por sí mismo que por el porvenir de Europa. A los 50 años hace un balance de su vida. Constata como muchas de sus aspiraciones de juventud siguen igual, no han sido colmadas. El cainismo impera en Europa y no triunfa la libertad individual y el respeto a la persona, los bienes más preciados para un judío vienés como nuestro autor.

El auge de los fascismos, la escalada de armamentos, una Sociedad de Naciones que nadie se toma en serio pese a los esfuerzos del Presidente Wilson; comienzan los periplos de Chamberlain, el peregrino de la paz, inasequible al desaliento en sus entrevistas con Mussolini, Hitler y Daladier, el sacrificio de Checoslovaquia, y la afirmación de Goebbels, “¡En Munich Inglaterra ha sido aplastada!” dan paso a la 2ª guerra mundial. Se apropia de él una inseguridad infantil de la que sólo le libra Friederike.

El porvenir de Europa es sombrío. Stefan Zweig es un hombre de ayer en un mundo de hoy en el que no tiene porvenir. Vive de su recuerdo, de su nostalgia, del tiempo perdido. Sigue viajando. No es un viaje a ninguna parte, ni tampoco al interior de sí mismo. Es un viaje en el que huye para intentar encontrar en algún lugar del mundo - lo vislumbra en Buenos Aires, cree que lo ha encontrado en Brasil - aquél Salzburgo que dejó, aquella casa maravillosa del Kapuzinerberg donde no pudo ser feliz. Paralelo a ese desgarró interior, le sigue el éxito en cualquier actividad de las que desarrolla, conferenciante, libretista, escritor. Su propia exigencia le va a llevar a su destino, se va empujando a sí mismo a ese fin trágico, burgués y elegante como su propia figura.

La persecución de los judíos arrecia en Alemania, le solicitan dinero, avales, cartas de recomendación, ayuda... y Zweig se paraliza, comienza a caer en un cierto fatalismo que le perseguirá y le acosará hasta que ponga fin a sus días. Convencido que Hitler va a ganar la guerra, no deja de hacerse la misma pregunta: ¿qué mundo se va a levantar sobre millones de cadáveres?. Es el naufragio de su ideal europeo. Mientras, la conciencia del mundo calla.

Vuelve a Viena, no quedan vestigios de su vida anterior, ni sus colecciones, ni su biblioteca, ni sus amigos. Todo ha perecido. La Viena galante, prisionera del simbolismo y de la cultura francesa yace, como su

Emperador Francisco José, en la cripta de los capuchinos. Marcha a Inglaterra y se refugia en Bath, la 2ª guerra mundial ha estallado. Incapaz de soportarlo, vencido, derrotado su ideal de esa Pan - Europa, escribe poco y empieza a pensar en sus deseos de morir. No es indolente, es impotente. La idea del suicidio se va haciendo cada vez más fuerte.

Su consuelo es la música. Los músicos son los portaestandartes de la unidad europea, los defensores representativos del cosmopolitismo. Entre ellos Mahler, *“él era más que un músico, que un maestro, que un director de orquesta. Suponía mucho más que un mero artista : era lo inolvidable de nuestra juventud”*¹⁵.

¿Qué veía en la música de su admirado Gustav Mahler? El fin de ésta era de la seguridad que simboliza la Viena de principios de siglo. Y también su particular camino de Damasco, su itinerario espiritual. ¿Y en su predilección por La Canción de la tierra, los Rückertlieder y las Sinfonías 3, 5, 6 y 9, La “presencia” de sus admirados Dostoyevski y F. Nietzsche de los que el músico vienés era lector empedernido. No es sólo la juventud añorada sino la intensidad dramática y la tensión especulativa que refleja su obra. Mahler es otro constructor del universo en tiempo de cataclismos. Su música es desgarrar y consuelo, adecuación del espíritu y el mundo. Esa cosmovisión mahleriana es la de Stefan Zweig, como en la 6ª Sinfonía, el hombre es el gran derrotado en esta debacle.

Leonard Bernstein ha escrito, veinticinco años después de la muerte de Zweig, sobre el significado de la música de Gustav Mahler, y refleja - a mi juicio - lo que nuestro hombre sentía, veía y proyectaba en los pentagramas del músico vienés: *“Solo después de cincuenta, sesenta, setenta años de holocaustos mundiales, de simultáneo avance de la democracia unido a nuestra*

*creciente impotencia para eliminar las guerras, de magnificación de los nacionalismos y de intensiva resistencia a la igualdad social; sólo después de haber experimentado todo esto a través de los vapores de Auschwitz, de las junglas asoladas de Vietnam, de Hungría, de Suez, del asesinato de Dallas, de los procesos de Sinyavski y Daniel, de la plaga del macartismo, de la carrera de armamentos; sólo después de todo esto podemos, finalmente, escuchar la música de Mahler y entender que él lo había soñado ya”.*¹⁶

Desplazado - otra vez - del presente vuelve a la historia, a las biografías, al pasado, a su “tempo“ personal. Se multiplican las llamadas al gran Stefan Zweig, llueven cartas con peticiones de dinero, apoyo a organizaciones, se suceden las desapariciones, encarcelamientos, los asesinatos y los suicidios de amigos (J. Roth entre ellos).

El pasado está destruido, el presente es la muerte y el futuro es improbable construirlo sobre millones de cadáveres. *“También he perdido mi verdadera patria, la que elegí por un impulso de mi corazón, Europa, desde que por segunda vez se arruinó en una guerra fratricida. Sin quererlo, fui testigo de la derrota más horrible que ha sufrido la razón y del triunfo más inaudito que ha alcanzado la brutalidad en el curso de la Historia”*¹⁷. Esa Europa supranacional, a la que contribuye con sus escritos, testimonios y conferencias está agonizante.

Vuelta a la melancolía, al desasosiego, a la desesperanza. De la necesidad de recuperar ese mundo de ayer va a empezar a escribir sus memorias. La vuelta al jardín y a las promesas de felicidad. *El mundo de*

¹⁵ Zweig, S.: “ El retorno de Gustav Mahler “ (1915), en *Legado de Europa*, ed. cit., p.148-49.

¹⁶ Perez de Arteaga, J.L. : “ Mahler, un precursor “, en *Los grandes compositores*, vol. III, Salvat, Pamplona , 1982.p. 241-42. Subrayado mío; Pérez Arteaga en *Mahler*, Salvat Grandes Biografías, Barcelona, 1986, p.10

¹⁷ Zweig, S.: *El mundo de ayer*, ed. cit., Prefacio, p. 7.

ayer, así se titulan sus memorias, las dictó a Lothe Altmann (secretaria y segunda esposa, mucho más joven que Stefan) sin consultar una nota y solo comentando algunas dudas con Friederike. Es el mejor testimonio del tránsito de la Europa feliz, (de “la lucha por la fraternidad espiritual” a “la agonía de la paz, “novenio y último capítulo, respectivamente).

El mundo que describe “*está muerto, no me queda nada, estoy desposeído de todo*”. Terrorífico. Con que serenidad constata su fracaso, el de Europa y la humanidad. “*¡Que otros arrojen octavillas o vayan a morir en la guerra! ¡Que otros publiquen folletos políticos o vibren de esperanza imaginando el mundo que surgirá del caos! Yo, por mi parte, hablaré de las alamedas del Prater en 1900, de la bohemia literaria de Berlín a principios de siglo*”¹⁸. Añoranzas, aflicciones, pesares. Nostalgia de la nostalgia. Rehuye la realidad. No sabe qué hacer, sin problemas económicos pero sin Friederike qué es su seguridad, su afecto... Viaja.

Su conferencia “La Viena de antaño” tiene un éxito clamoroso en Buenos Aires. Los diarios hablan de la tragedia cotidiana y él narra la enfermedad de su tiempo; esta conferencia finaliza así: “*En la lucha gigantesca que hoy conmueve nuestro viejo mundo se decide también el destino de esta cultura, y no necesito decir de qué parte se inclinan nuestros más fervientes deseos*”.

Corre apesadumbrado el año 1940. Desconfía de su literatura y lo dice, “*Toda mi vida creí en el poder de las palabras sobre el mundo, pero es la fuerza brutal la que triunfa. Toda la vida busqué un refugio en las palabras, contra los riesgos de la historia, y hora me veo forzado a errar a ciegas a través del mundo, en busca de una paz imposible de encontrar (...) Quise amar el pasado para preservar el futuro, y tengo que ver como mi época sacrifica todos los valores de antaño. (...) Ensalcé los méritos del progreso, porque*

*creía en ellos de todo corazón, y en cambio llegó la barbarie (...) Toda mi vida no fue más que un error, un mal sueño del que despierto demasiado tarde. Pero dediqué tantas fuerzas a ese sueño que suscitó el respeto y la admiración de todos, y la gente aún eleva la mirada hacia mí”.*¹⁹

Y siguen las paradojas. Le produce un gran vértigo el que las gentes, en su continua huida, le pidan orientación en el arte de la vida. ¡Precisamente a él!. Para Zweig son los últimos días de la humanidad. Su crepúsculo es el crepúsculo de Europa. Es estéril resucitar los grandes ideales por los que luchó toda su vida. Se despide en Nueva York de sus amigos y del mundo. A Friedericke le dice: “¿Sabes que sin duda nos vemos hoy por última vez?”. Vuelve a Brasil para morir.

En la casa de Petrópolis encuentra un volumen de los *Ensayos* de Montaigne y subraya una frase estremecedora que resume su voluntad, “*La más voluntaria muerte es la más hermosa*“. Comienza su biografía de Michel de Montaigne, emblemática, donde esboza y recrea su propia vida con el filósofo francés como pretexto. Librepensador y ciudadano del mundo, liberal y tolerante, “*no sé que busco con tanta ansiedad en el extranjero, pero sé muy bien de qué huyo*”(habla Montaigne - Zweig). Del arte de vivir al arte de viajar como huida de la vida que le atenaza y ahoga. De ahí que manifieste, “*No te preocupes por el mundo. No puedes cambiarlo ni mejorarlo. Cuídate exclusivamente de ti, salva lo que se pueda salvar de ti mismo. Construye, mientras los otros destruyen. Procura ser sensato para ti en medio de la universal insensatez. Aíslate. Constrúyete un mundo propio*”²⁰. El paralelismo de sus vidas con cinco siglos de diferencia es extraordinario.

¹⁸ Lafaye, J.J.: Cfr., p. 181.

¹⁹ Lafaye, J.J.: Cfr., p. 185 y 186.

²⁰ Zweig, S.: “Montaigne”, en *Legado de Europa*, Ed. Juventud, Madrid, 1968, p. 53.

Leer sus páginas sobre Montaigne es comprender, no ya al autor de los *Ensayos*, al hombre Stefan Zweig. “*Primer cosmopolita y europeo consciente*“, es una proyección de sí mismo. Solo queda dar un paso hacia la última experiencia del ser humano, “*Y la última y suprema libertad: la muerte. La vida depende en parte de la voluntad de otros; la muerte, exclusivamente de la nuestra: La plus volontaire mort est la plus belle*”²¹.

Ya solo resta preparar la representación del acto último de su vida con igual esmero que había cuidado la edición de sus libros o la preparación pormenorizada de sus conferencias. Termina su *Balzac*, deja etiquetado todas sus pertenencias, se despide de sus amigos. A Frederike le deja una nota: “Tu Stefan, sosegado y feliz“. Ya no está atormentado, imperturbable, sabiendo que solamente actuando así es feliz. Es su último gesto de dignidad.

La muerte como el único modo de triunfar sobre el espíritu del mundo que asola Europa. Llama a sus amigos más queridos, se despide con un lacónico “Me place oírte“. Y escribe “*¡Ojalá vivan ellos para ver la aurora después de que acabe la larga noche!*”. Esta nietzscheana invocación manifiesta su derrota ante ese tiempo de desolación. La razón cansada. La razón desterrada. La razón aniquilada. Toma su dosis de veneno y Lotte Altman, su mujer, hará lo mismo. Su suicidio no es algo súbito, sino la constatación final de ese lento fracaso que han sido los últimos veinte años de su vida. Duros años en los que ha asistido a como su ideal ético y estético de una Humanidad guiada por la paz y la exaltación de la conciencia europea agoniza. El mundo de ayer ha sido destruido.

Hoy la guerra de Bosnia-Herzegovina, su génesis, desarrollo y epígonos nos sitúa ante una perspectiva nada lejana del autor vienés. Las preguntas son

²¹ Zweig, S.: op. cit., p. 50.

similares: ¿Es posible Europa como cultura y autonomía del pensamiento?, ¿Qué hacer?, ¿Cómo transcender el discurso de la indignación moral?

Los viejos fantasmas del nacionalismo nos llevan desde el confort de nuestras salas de estar a un estado de naturaleza/barbarie, donde no solo vemos la muerte de seres indefensos, las violaciones en masa, los campos de exterminio, Hitler- Karadjic, limpieza étnica... Se suceden las conferencias de paz basadas en la equidad, la igualdad soberana, la interdependencia, el interés común y la cooperación de todos los Estados, y demás principios rectores del Derecho Internacional.

Pura palabrería. Son las reglas del juego. Los señores de la guerra son los mismos que negocian con los representantes de la Unión Europea y las organizaciones internacionales. Sólo la “pax americana” hace que la guerra sea intermitente y selectiva.

No sólo es eso. No es la destrucción de las ciudades, de los bienes y las personas. Es la quiebra de la dignidad humana. La derrota de la moral y de la racionalidad. Edgar Morin lo expresa así, “*Con cada bomba, con cada destrucción, con cada muerto de Sarajevo, lo que se está dislocando, lo que se está haciendo abortar es la Europa en gestación*”²². Frente a la tragedia hay que regenerar constantemente los derechos y valores que han construido la Europa transnacional, la apuesta por una razón problemática, dialógica, tolerante, crítica y resistente contra todo aquello que atente contra nuestro porvenir.

No significa esto volver a caer en los viejos mitos de la razón o en las falsas promesas de felicidad. Sarajevo, Mostar, son símbolos del dolor y la vergüenza de los humanos. Malos tiempos para los que combatimos el

²² Morin, E.: “Sarajevo”, en *Letra Internacional*, nº 32, Marzo, 1994, Madrid, p. 3.

relativismo ético, la indiferencia, el hastío. Nuestra tarea moral consiste en mantenernos firmes, sin desfallecimientos, resistentes, desde un compromiso civil y una ciudadanía activa ante todo aquello que atente contra la tolerancia, la dignidad y la libertad de la persona.

No son los sueños de un visionario, es el viejo proyecto kantiano de la autonomía humana. El anhelo de la paz perpetua como horizonte de una Europa multicultural, mestiza y tolerante.

Ese es nuestro compromiso: lograr esa idea de Europa y que no conjugemos únicamente sus tiempos económicos. Europa como cultura, civilización, educación y solidaridad. La ciudadanía europea no sólo como derechos civiles y sociales, sino también políticos. Este es el sentido de Europa como comunidad. La identidad europea como identidad moral. Esto es lo que nos jugamos. Lo que perdió Stefan Zweig: la libertad del mundo.

Jorge Novella Suárez

E-mail: j.novella@ono.com